

Tejiendo el tiempo y la historia durante la revuelta y el confinamiento

Yanny Santa Cruz Henríquez¹

*Mientras que el pueblo oprimido es libre, porque es pobre;
y como es pobre mira hacia el futuro; no tiene nada que perder,
repito, porque no tiene nada.*

Enrique Dussel, La Pedagogía de Latinoamérica

Este ensayo no pretende ser un escrito académico o ceñido a los cánones objetivos que tensionan nuestro trabajo como profesionales de las humanidades, sino más bien es recopilación de un tejido de sentires y reflexiones en torno a los últimos hechos vividos desde la pura y plena subjetividad de quién se dedica al trabajo histórico, desde la enseñanza e investigación, pero, sobre todo, de quién se encuentra en un país donde se vulneran los derechos humanos de manera sistemática, los militares cubren las calles y donde la incertidumbre unida con la esperanza, dan paso a un nuevo modo de comprender el tiempo histórico. Por este motivo el texto tiene una estructura verbal que cambia a medida que se escribe, varía del pretérito en diferentes formas, el presente y por supuesto del futuro, lo que vendrá, lo que se encuentra dado por la complejidad de comprensión de la actual temporalidad. Dicho eso, inicio la reflexión.

¹ Chilena. Estudiante de Doctorado en Historia. USACH, Becaria ANID. Magíster en Historia de la misma casa de estudios. Contacto: Yanny.santacruz@usach.cl. | Registro ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1551-4189>

Si bien nació en Dictadura, 1987, al igual que mi generación me crié y desarrollé mi mundo a partir de la realidad impuesta por una democracia de los acuerdos, un periodo de transición, y que si bien “...se planteó como un proceso temporal único y lineal” (Ponce, Pérez y Acevedo, 2018, 10), cada vez más da cuenta de las tensiones sociales y políticas que acarreó, las que parecieran no terminar aún. Un periodo que buscó mantener una paz forzada a punta de crecimiento económico y privatización de los servicios básicos. En este contexto, la estructura de mi vida, y la de muchos de mis pares, estaba bien esquematizada, era un orden claro (y privilegiado): estudiar, entrar a la universidad y trabajar, esto se concretaba claramente en la división de los días en siete, y cada uno de esos en 24 horas, a su vez, divididos en 60 minutos. Es decir, la escuela, la universidad y el trabajo tenían una correlación lógica entre estas categorías y sistemas hegemónicos del tiempo. Un ordenamiento lineal con la idea de progreso y desarrollo, que respondía a las estructuras impuestas desde la Revolución Industrial, verificado con la introducción del reloj y los horarios laborales como parte esencial de la cotidianidad, donde poco a poco el trabajo y la vida, terminaron por separarse en mundos completamente diferentes. Porque convengamos, el trabajo y los estudios en Chile se ha basado en un orden propio del neoliberalismo, que busca llenar todos los “vacíos”, en función de fortalecer la economía, de “aprovechar” el tiempo libre, de ocupar el ocio y contener en el tiempo el consumo y la producción. Tal como lo escribió E. P. Thompson “En una sociedad capitalista madura hay que consumir, comercializar, utilizar todo el tiempo; es insultante que la mano de obra simplemente <<pase el rato>>” (1995, 443). Incluso podemos considerar que los “almuerzos de pega” corresponden a entender la utilización máxima de nuestro “adorado” tiempo, el que está manejado por la ocupación y producción, no viceversa, el tiempo es un regalo preciado que tiene valor monetario.

Sumado a lo anterior, en las últimas décadas, con la revolución tecnológica, los medios de comunicación masiva e internet sobre todo, los días y las horas comenzaron a pasar más rápidos aún, toda labor o tarea se requiere para “ayer”, es decir, siempre hay un atraso en nuestro quehacer diario del presente, que se materializa en un futuro cercano. Porque el tiempo es intocable, el tiempo es la categoría que nos permite establecer un orden, que en este mundo occidental neoliberal está dado por el capital, existe entonces una especie de fetichización del tiempo, cosificando concepciones filosóficas y experienciales de dicha categoría.

Estas ideas se hacen carne en diferentes acciones y discursos, uno de ellos es la frase del (ahora) ex Ministro de Economía Juan Andrés Fontaine, al referirse sobre el alza del pasaje del transporte en octubre de 2019, quién sostuvo “quien

madrugue, puede ser ayudado a través de una tarifa más baja”² ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué es lo que estaba reflexionando el ministro? ¿Qué relación existe entre la tarifa del metro y la idea del tiempo en nuestra sociedad? Dicha frase, inoportuna e insolente para los sectores populares, dice relación precisamente con la valoración de un tiempo en manos del capital, de un sistema que pretende deshumanizarnos. En términos prácticos, lo que mencionó Fontaine es que, a los más pobres de la ciudad, ellos y ellas que viajan diariamente entre 2 a 4 horas a sus lugares de estudio y trabajo, probablemente tendrán que levantarse aún más temprano para ahorrar dinero, donde nuevamente el trabajo (consideremos que los tiempos de traslado corresponden a horarios laborales) van carcomiendo la vida familiar y el ocio.

Por otro lado, al inicio del año escolar universitario de 2019, los estudiantes de Arquitectura de la Universidad de Chile, realizaron una protesta manifestando la mala calidad de vida que ha afectado su salud mental debido a las altas exigencias académicas, las cuales no dialogan con el quehacer cotidiano. Uno de los carteles que levantaron en la manifestación decía: “Única tarde libre = trabajo en grupo”³. En otras palabras, la normalización de la entrega total, de un esfuerzo que carcome en el periodo universitario y que, sin duda alguna, se prolonga en el ámbito laboral. Las denuncias y demandas de los y las estudiantes profundizan dos ideas, la primera de ella es la separación del tiempo de estudio con la vida, y como segundo elemento, es el “copamiento” total de actividades que, “supuestamente”, nos llevarían al éxito, se termina por relacionar la meritocracia y la adquisición de bienes materiales con la excesiva carga laboral y estudiantil, tal como lo plantea Hugo Zemelman “...soñar se ha reducido al éxito y éste a logros materiales...” (2011, 34).

18 de octubre, el día uno

Pero algo ocurrió el 18 de octubre, Chile “despertó” ¿Habría sido de ese letargo presentista?, ¿De esa linealidad del tiempo? ¿Los habitantes en Chile se habrían sumergido en un sueño (o pesadilla) tan profundo, que fue necesario un estallido, una explosión, para abrir los ojos (siendo brutalmente cerrados a algunos)?⁴

2 Ver en: https://www.cnnchile.com/lodijeronencnn/entrevista-ministro-economia-tarifa-metro_20191007/ (Consultado 10 de marzo).

3 <https://www.emol.com/noticias/Nacional/2019/04/22/945423/Protesta-de-alumnos-de-Arquitectura-por-exceso-de-carga-academica-desato-intenso-debate.html> (Consultado el 10 de mayo 2020)

4 Me refiero a las mutilaciones que han sufrido cientos de manifestantes por accionar de las Fuerzas Especiales de Carabineros de Chile, dejando incluso a dos personas ciegas, Gustavo Gatica y Fabiola Campillai.

Fue un día viernes, en el que se inicia un nuevo ciclo en nuestra historia, un estallido social para los medios de comunicación y una revuelta popular para el pueblo, para quiénes en las calles, desde diferentes acciones, como caceroleos, barricadas y gritos, fueron uniéndose a una lucha por un giro estructural en nuestra sociedad. Ese día viernes 18, el tiempo de traslado a nuestros hogares cambió. Se paralizó casi todo el transporte público, y como nunca antes, todas las líneas del metro cerraron sus puertas a raíz de las protestas de los y las jóvenes estudiantes secundarios que, ante el alza del pasaje anunciado el día 4 de octubre, decidieron realizar evasiones en diferentes estaciones, principalmente, aledañas a sus instituciones educativas, lo que terminó por colapsar el sistema de seguridad que finalizó con la inoperatividad en las siete líneas, dejando a miles de personas en las calles, las que tuvieron que caminar kilómetros para poder encontrar algún medio de transporte o avanzar hacia sus hogares. Rápidamente, y no recuerdo en qué momento, esta situación se transformó en un descontento acumulado por décadas en nuestro país. La frase “no son 30 pesos, son 30 años” daba cuenta que la denominada democracia pactada, hacía quiebre. Esos 30 años que habían pasado de manera lineal, explotaron en unas cuantas horas, la rabia acumulada por los más de 10.000 días reventó en las calles. Prontamente vimos barricadas, piedras, incendios, saqueos; y la respuesta del ejecutivo, desoyendo las demandas populares, fue recurrir a una estrategia histórica de los gobiernos deslegitimados, es decir, la militarización del conflicto, decretando, el sábado 19 en la madrugada, Estado de Excepción de Emergencia en las provincias de Santiago, Chacabuco, y en las comunas de Puente Alto y San Bernardo, quedando a cargo el general Javier Iturriaga del Campo como jefe de la Defensa Nacional, lo que se materializó en la ocupación de los militares y posteriormente el inicio del toque de queda desde las 22:00 hrs. a las 5:00 hrs. en las calles en gran parte de la Región Metropolitana.

Recordemos que esta medida no se establecía desde 1987 por razones socio-políticas, por lo tanto, se activó rápidamente un pasado reciente, y la Dictadura Cívico-Militar, iniciada en 1973 se hizo presente. Así, el tiempo comenzó a sentirse de una manera distinta. Ya no nos regíamos por las horas definidas por el trabajo o la escuela, sino por la presencia de los militares y las protestas que, masiva y progresivamente, se desarrollaron en todo el país. Nosotras y nosotros vivimos un acontecimiento de corta duración, que “...es explosivo, tonante. Echa tanto humo que llena la conciencia de los contemporáneos.” (Braudel, 1958, 64), pero que inserto en un contexto global, corresponde a un destello que ilumina procesos de mediana y larga duración, como la época post dictatorial.

Por otro lado, este hecho nos puede abrir una ventana para comprender y aprehender un nuevo régimen de historicidad, tal como lo estudio Hartog (2007),

dado por la manera en *estamos siendo*, la forma en que comprendemos nuestro presente, pero también, en relación a cómo miraremos el pasado y el futuro. A cómo volveremos a relacionarnos con la escritura histórica y nuestro presente cotidiano. Desde este punto se genera una imbricada relación entre el sujeto y el ejercicio profesional ligado a la Historia. De ahí que este ensayo también se escriba a partir de la propia experiencia.

Como profesional que se dedica a la Historia, y que no tengo un vínculo más cercano con la vulneración a los derechos humanos en el periodo de la Dictadura, que solo el interés por la justicia y verdad de los hechos ocurridos en 17 años, ese sábado en Plaza de la Dignidad (ex Plaza Italia) inmediatamente vi las imágenes que en videos y fotografías estudié como pasado reciente, estas ya no estaban plasmadas en cintas de videos o papel en blanco y negro, sino en mi mundo, en mi presente, y la rabia y angustia llenaron los siguientes días, los que parecían ser años. En muchas personas se activó el trauma, pero en otro sector, los y las más jóvenes, sin el miedo de antaño, se acercaban a las y los “milicos” con el objetivo de no abandonar la calle. Ese fin de semana sentimos que vivimos 10 años en tres días. Nuestra noción de espacio de experiencia y horizonte de expectativas se vio brutalmente alterada, y su distancia se acortó (Koselleck, 1993), generando un momento de crisis en relación al tiempo vivido.

La ciudad cambió y el orden del tiempo que vivíamos era otro, marcados por los horarios de cierre del metro, por el toque de queda, pero principalmente por las jornadas de protestas que se vivían a diario en Plaza de la Dignidad, y que posteriormente se trasladaban a la periferia. El helicóptero y los bombazos de lacrimógenas y perdigones fueron desorientándonos, eran destellos que nos impactaban y alertaban constantemente. Posteriormente, y a través del discurso del presidente Sebastián Piñera, un 20 de octubre, la guerra había sido declarada al pueblo (Navarro y Tromben, 2019). Poco a poco se tuvo que volver al trabajo y a la escuela, aunque nunca con la normalidad que se esperó desde el ejecutivo, nunca con esa certidumbre del mañana próximo, nunca más con esa democracia impuesta donde nos saquearon todo, incluso nuestro propio control del tiempo y del preciado, pero mal entendido ocio.

Las murallas y los cánticos eran el soporte visual del entretejido del tiempo, en las calles se escucha “Piñera asesino, igual que Pinochet” y en las paredes se escriben “Mismos propósitos, diferentes rostros”, “1973=2019”, el momento se sentía (se siente) y olía (huele) a Dictadura, porque “...se recuerda no solo el elemento racional que define, sino también lo que rodea la experiencia en el contexto, los olores, colores, sabores, formas, sonidos, etc.” (Timmermann, 150) [foto1]. A su vez, las mutilaciones oculares, los abusos sexuales, las golpizas, tor-

turas y asesinatos⁵ hacían que se me revoliera constantemente el estómago, que sintiera el pasar de los días diferentes, pero también con una esperanza álgida y felicidad de que, al fin las luchas no fueran sectoriales, al fin el pueblo encontrar un eje en común: “Hasta que la dignidad se haga costumbre”, y ese sentimiento de un nuevo futuro redundó en mirar al pasado, materializado en la Unidad Popular, periodo como ejemplo y esperanza. Además, la inevitable relación entre este periodo y la Dictadura (Pinto, 2013), se enredaba en la lucha callejera contra el sistema neoliberal, pero también contra las violaciones a los derechos humanos. La imagen de ese periodo, la expresión del recuerdo y utopía (aplastada a sangre y tortura) volvieron en el 2019. Las frases y cántico rememoraban esos mil días. Cotidianamente se escuchaba “venceremos” y “el pueblo unido jamás será vencido”:

Los muros hablan de ira reprimida, pero también de aspiraciones de futuros alternativos. “¡¡Mira!!” se proclamó una pancarta de protesta en la marcha masiva del 25 de octubre a lo largo de la Avenida Alameda. “Abrimos las grandes avenidas [alamedas] en su honor”. Fue una clara alusión al discurso de radio final de Salvador Allende en el que prometió que “más temprano que tarde, se abrirán nuevamente las grandes alamedas donde los hombres libres caminarán para construir una sociedad mejor. (Gordon – Zolov, 2019)

Sin embargo, fue la canción “El derecho de vivir en paz” de Víctor Jara que construyó el telón de fondo musical de esas primeras semanas. Una canción compuesta y escrita en relación a los sucesos de la Guerra de Vietnam cobraban un sentido especial. La letra de la canción repercutía y ampliaba el sonido de dignidad y justicia en el 2019, a 50 años de haber sido compuesta. Porque lo que logró Víctor Jara junto a sus colaboradores, es romper las barreras occidentales que fundan murallas quietas del pasado, presente y futuro, y permitirnos entrar a un pasado que se “sentía” repetitivo, algo así como el mito del eterno retorno (Mircea Eliade, 2011). De igual manera ocurrió con las canciones de Los Prisioneros, porque, a pesar de que, sus letras nunca han dejado de tener sentido en este territorio “al sur de Estados Unidos”, fue el tema “El baile de los que sobran”, icónico de los ochenta, que se escuchaba fuerte en las esquinas de las ciudades, junto al fuego de una barricada. Porque Los Prisioneros estaban describiendo lo

5 Ver los diferentes informes realizados por organizaciones como ONU https://www.ohchr.org/Documents/Countries/CL/Report_Chile_2019_SP.pdf (Consultado 30 de marzo 2020), Human Rights Watch <https://www.hrw.org/es/americas/chile> (Consultado 30 de marzo 2020), Amnistía Internacional <https://amnistia.cl/noticia/chile-politica-deliberada-para-danar-a-manifestantes-apunta-a-responsabilidad-de-mando/> (Consultado 30 de marzo 2020)

que se había vivido en 30 años, lo que las nuevas generaciones, que no nacieron en Dictadura, si habían vivido:

A otros dieron de verdad esa cosa llamada educación.

Ellos pedían esfuerzo, ellos pedían dedicación.

Y ¿para qué?

Para terminar bailando y pateando piedras (Los Prisioneros, 1986)

Porque lo que se olía, veía y sentía desde octubre del 2019 era algo sesentero, como la esperanza y la unión; algo de los setenta: la fuerte represión, tortura y miles de mutilaciones; y algo de los ochenta: la resistencia gestada al calor de las injusticias. Y si bien el día 26 de octubre se levantó el toque de queda y el 27 el Estado de Emergencia, las protestas no cesaron. Poco a poco de 17:00 a 19:00 hrs el centro de Santiago volvía a ser el escenario de las múltiples personas que gritaban, bailaban y luchaban por una vida más digna. Los trabajos y nuestros tiempos se encontraban en función de estas convocatorias, surgidas y masificadas por redes sociales. Sabíamos que después de dos horas aproximadamente las fuerzas represivas llegarían y actuarían contra todo aquel “enemigo interno”, iniciando así una propia temporalidad y dinámica al interior de la protesta. A medida que pasaban las semanas, se volvió insostenible tener la masividad en las concentraciones de Plaza Dignidad (debido fundamentalmente al cansancio o al trabajo), por lo que los viernes fueron los “días de protestas”. Día, que, en el Chile neoliberal, era por excelencia de fiesta, distención nocturna y “carrete”, fue mutando a viernes de protesta entrelazado con la diversión. Se “ocupó” un tiempo que había sido destinado a los “happy hours” de bares, ahora a un mundo callejero lleno de colores, sonidos, gritos, pero también de miedos, represión y tortura. En concreto, las emociones y sentires cobran un espacio de reflexión relevante ante la sensación de estar viviendo otro tiempo.

Por otro lado, la mensura del tiempo había cambiado de manera simbólica. En redes sociales abundaban comentarios donde se expresaba la idea de un 18 de octubre de 2019 como el día “1”. El 14 de febrero en el Instagram de la Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios (ACES) publicaba, “120 días por la dignidad”. Lo que corresponde solo a un ejemplo de los rayados y stencil que daban cuenta de la sensación de una nueva manera de apreciar y contabilizar el tiempo. La relevancia de este acto no solo dice relación con un aspecto imaginario o alegórico, sino que se abre la posibilidad de comprender y apropiarse de un tiempo que había (es) controlado por el capital, por la producción y la máxima ocupación de este ¿Qué quiero decir con esto? Que las demandas, los cambios estructurales que se exigen, la nueva constitución que se requiere, se encuentran imbricadas con las capacidades de asir nuestro tiempo, tanto de manera cotidiana

na y personal como histórica. Porque nos robaron la decisión de vivir en y con el tiempo, nos obligaron a pensar que el ocio redundaba en una vida mediocre y empobrecida; nos forzaron a creer que el trasnoche es sinónimo de inteligencia y esfuerzo; nos exigieron moldear las horas de colación, desayuno y once a los propios intereses de los que se enriquecen con nuestro trabajo. Nos hicieron pensar que el traslado de más de dos horas (a veces cuatro) desde nuestra casa al trabajo era parte del trato. Por lo tanto, con la revuelta popular, lo que se abre, demanda y exige también conlleva la posibilidad de entender una nueva idea del tiempo⁶ a partir de la construcción de una nueva sociedad, una idea que se entrelaza con nuestro ejercicio de escritura y análisis histórico, porque:

... hay que poner en duda la singularidad de un único tiempo histórico, que se ha de diferenciar del tiempo natural mensurable. Pues el tiempo histórico, si es que el concepto tiene un sentido propio, está vinculado a unidades políticas y sociales de acción, a hombres concretos que actúan y sufren, a sus instituciones y organizaciones (Koselleck, 1993, 14).

Tiempos de confinamiento y una renovada historia

Los días y el calendario habían cambiado. Si bien, poco a poco la masificación en las calles se fue perdiendo, a todos y todas nos sorprendió que no hubo ni un solo día en que no hayan existido protestas en Plaza Dignidad. En este escenario, las proyecciones de marzo se ordenaron bajo un nuevo calendario desde el pueblo organizado. Día 1 (según calendario gregoriano, 4 de marzo): evasiones masivas. Día 2 (según calendario gregoriano, 6 de marzo): concentración en Plaza Dignidad. Día 3 (según calendario gregoriano, 8 de marzo): marcha por el día internacional de las mujeres... y así sucesivamente. Pero de pronto, tuvimos que ir replegándonos en nuestros hogares y abandonar las calles. La pandemia del Coronavirus nos retrotrajo a una lucha más silenciosa y diferente. El día 18 de marzo, casi como algo simbólico, es decir, a cinco meses del día uno de la revuelta popular, el gobierno decreta Estado de Excepción Constitucional de Catástrofe, con ello el toque de queda y la salida de los militares a la vigilancia de civiles en las calles del país. En menos de seis meses, se hizo uso de las fuerzas de guerra para atender a las problemáticas civiles y sanitarias del país, evidentemente que esta última, desde el ejecutivo, fue una excusa perfecta para “apaciguar” el clima de lo que se había denominado un “marzo combativo”. El toque de queda, las cuarentenas obligatorias y voluntarias, no solo nos desorientó espacialmente,

6 Quizás sería más fácil poner ocupación del tiempo, sin embargo, es esa misma concepción la que fue implantada. El tiempo no se ocupa, no es algo vacío, el tiempo corresponde a múltiples concepciones filosóficas, políticas, sociales y emocionales.

considerando que nuestro hogar iba a ser (es) lugar de trabajo, ejercicio, descanso y sociabilización virtual. Sino también, una desorientación temporal, donde los días y las horas no se distinguen, y donde los sentires, sobre todo la angustia, miedo y desazón se han impuesto en nuestro quehacer cotidiano. La incertidumbre se complejizó y profundizó en este escenario de pandemia y nuestro excesivo racionalismo entró en cuestionamiento.

Por otro lado, las políticas públicas del gobierno han agudizado la crisis política y de legitimidad. Todas las acciones que se han tomado frente a la Pandemia han respondido a los intereses del empresariado (ligado íntimamente con la clase política), y dejando a la deriva la salud y la vida del pueblo, haciendo andar la necropolítica, porque “la opresión, que no es sino un control aplastador, es necrófila. Se nutre del amor a la muerte y no del amor a la vida” (Paulo Freire, 2005, 87). Este amor a la vida (y miedo a la muerte y al hambre) ha repercutido en nuevas organizaciones y herramientas sociales, materializadas en el apoyo a los y las trabajadoras de la salud, fabricando mascarillas y recolectando insumos, hasta la organización de colectivos de abastecimiento, ollas comunes y recolección de alimentos para la creación de canastas familiares. Una vez más la memoria se hace presente, se produce una rememoración (Timmermann, 2019), una utilización de las vivencias históricas para su uso en el presente, fundamentalmente la conexión histórica con el periodo de la Dictadura Cívico-Militar y la masificación de estos recursos y herramientas populares. Hacer andar el pasado para la autosuficiencia, ante la decisión consciente y organizada de un Estado que mantuvo la venta y privatización de sus servicios básicos, profundizando las desigualdades socio-económicas.

Por todo lo anterior, nos encontramos sumergidas y sumergidos en una vorágine de emociones y acciones, donde el tiempo, la idea de pasado- presente y futuro se ha vuelto confuso, donde se ha quebrado la certeza, el falso orden y seguridad neoliberal. Pero nos ha abierto la posibilidad de un cambio en las maneras de relacionarnos, de concebir el mundo, nuestro tiempo y manera de escribir la historia. Si bien el panorama es complejo y a ratos desesperanzador, como pueblo en lucha, creemos profundamente en el renacimiento del buen vivir, no será fácil, tendrá que ser arrebatado de las manos de los opresores, de la mano del capitalismo y de quienes lo sustentan, porque “Los hombres [y mujeres]⁷ tendrán que reaprender algunas de las artes de vivir perdidas con la Revolución industrial: cómo llenar los intersticios de sus días con relaciones personales y sociales más ricas, más tranquilas; cómo romper otra vez las barreras entre trabajo y vida.” (Thompson, 1995, 449).

Esto nos obliga a pensarnos en y con la historia, en la manera de comprender y “hacer” Historia, porque solo desde la comprensión de nuestro presente, de nuestra propia historicidad es que nuestros escritos tendrán sentido a quienes nos leen. Si deseamos incidir, repercutir o situarnos desde la investigación histórica, debemos necesariamente involucrarnos con nuestro presente, reflexionar sobre los cambios del ordenamiento del tiempo y de los acontecimientos, ya que “...lo que podamos pensar y decir con sentido sobre los acontecimientos no puede estar fuera de lo que representa pensarlos” (Álvarez, 2007, 25). Por lo tanto, nos insta a continuar leyendo nuestro tiempo desde una perspectiva situada, pero fundamentalmente Latinoamérica, tensionando los cánones europeos que nos obligan a pensar y escribir la historia a partir de las concepciones ajenas a nuestro presente y pasado (Roig, 1994). En este sentido, la forma en que escribimos, ordenamos y periodizamos nuestras investigaciones se encuentran dadas, a su vez, por la postura historiográfica, la lectura que se realizará de las y los sujetos, y por sobre todo, la realidad sociopolítica en la que nos encontramos, en la que decidimos posicionarnos. Haciendo alusión a lo que escribe Koselleck (1993), la triada lugar-tiempo-personas se transforma en algo primordial para la comprensión del tiempo históricos y su producción, ya que, si se modifica una de ellas, surgen nuevas propuestas.

La invitación de este texto es a entender la relación estrecha entre hechos y la comprensión de estos, la dialéctica intrínseca que se produce, y desde allí analizar la historicidad de la revuelta popular del 18 de octubre y el contexto de la actual pandemia como parte relevante de nuestro trabajo historiográfico. Y, a raíz de que “los hechos no se mueven en el vacío, forzosamente ha de orientarse hacia esos mismos hechos” (Álvarez, 2007, 25), y por lo tanto concebimos el rol fundamental del historiador y de la propia concepción de la sociedad que habita, para nombrar y comprender los acontecimientos. La reflexión está iniciada, comprender un nuevo régimen de historicidad ligado con los movimientos sociales para volver a repensar la Historia Social desde estos últimos acontecimientos, volver a categorizar e involucrarnos con nuestras investigaciones, lugares, temporalidades, pero sobre todo posicionarnos en y con el mundo.

Referencias Bibliográficas

- Álvarez, M (2007). *Teoría de la historicidad*. España: Editorial Síntesis.
- Eliade, M. (2011). *El Mito del Eterno Retorno*. España: Editorial Alianza.
- Freire, P (2005). *Pedagogía del oprimido*. México: Editorial Siglo XXI.

- Gordon – Zolov, T. y Zolov, E. (2019). *The Walls of Chile Speak of a Suppressed Rage*. “It’s not about the 30 pesos. It’s about 30 years”. <https://www.thenation.com/article/archive/chile-protest-art/> (Consultado el 25 de diciembre 2019)
- Hartog, F. (2007) *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*. México: Editorial Universidad Iberoamericana.
- Koselleck, R. (1993). *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Navarro, F. & Tromben, C. (2019). “Estamos en guerra contra un enemigo poderoso, implacable”: los discursos de Sebastián Piñera y la revuelta popular en Chile. *Literatura y lingüística*, (40), 295-324. <https://dx.doi.org/10.29344/0717621x.40.2083>
- Pinto, J. (2013). Os fantasmas da Unidade Popular: Um vazio inquietante na historiografia chilena. En: *Revista Eletrônica da ANPHLAC*. pp31-42 <http://revistas.fflch.usp.br/anphlac/article/view/1226/1089> (consultado 1 de abril 2020)
- Ponce, J., Pérez, A. y Acevedo, N. (coord). (2018). *Transiciones. Perspectivas historiográficas sobre la postdictadura chilena 1988- 2018*. Valparaíso: Editorial América en Movimiento.
- Roig, A. (2008) *El pensamiento latinoamericano y su aventura*. Buenos Aires: Editorial El andariego.
- Thompson, E. (1995). *Costumbres en Común*. Barcelona: Editorial Critica.
- Timmermann, F. (2019). Tiempo, emociones e historiografía. En: Aravena, Pablo (ed). *Representación histórica y nueva experiencia del tiempo*. Valparaíso: Editorial América en Movimiento, 147-158.
- Zemelman, H. (2011). Implicaciones epistémicas del pensar histórico desde la perspectiva del sujeto. En: *Desacatos* (N°37), 33-48.